

— ¿Qué es lo que vais á administrar al señor caballero? — preguntó á Fiamma viéndola agitar en un vaso un líquido perfumado.

— Una poción reconstituyente, condesa.

— Buena falta me hace; — dijo Bernardo siguiendo los consejos de su enfermera. — Cualquiera diría que es llegada mi última hora; de tal modo me siento débil y cansado.

Sed de Amor mentía, adivinando que el consejo que le diera Fiamma, al hablarle poco antes de oídos indiscretos, debía necesariamente referirse á aquella mujer amiga personal del duque Rolando, cosa de la que él mismo había podido convencerse durante su espionaje del salón de la casa de las Miñonas.

XII

LA CORNISA ESTRECHA

Ayela de Givors era mujer de extraño carácter. No tenía más culto que el yo, ni más ambición en la vida que la de acordar á sus pasiones la ocasión y los medios de verse satisfechas. Su principal defecto era el orgullo.

Ni que decir tiene que su corazón era un simple cartilago; que su sensibilidad se hallaba atrofiada; que en ella por consiguiente, todo era frío, calculado, metódico.

En su asociación con Rolando de Saboya-Nemours no entraba para nada el amor. Se entregó al gran favorito de Enrique III sencillamente para tener una parte en los honores que á él se prodigaban, en las envidiosas felicitaciones que después de cada uno de sus duelos se le dirigían, y sobre todo para hacer rabiarse de envidia á todas aquellas que no tenían por defensores gentiles-

hombres de tan arrogante insolencia como el duque. Ni más ni menos que para eso.

El castigo á su soberbia lo encontró después, al descubrir secretos que ella no sospechaba, al tener que doblegarse á determinadas exigencias, al verse en la necesidad de devorar no pocas humillaciones. Todo podía sin embargo soportarlo, eso y aun más hallábase dispuesta á sufrir mientras permaneciese ignorado el dudoso origen de su amante, mientras éste supiera mantener incólume su reputación de rey de los refinados.

Y he aquí que dicha reputación acababa de ser arrastrada lamentablemente por la hierba del Prado de los Clérigos, y que en algunos círculos de París se cantaba ya *la entortada*, una canción en que se aludía al famoso golpe secreto importado de Italia por el vencedor de los miñones.

La persecución de que era objeto el caballero de Arma preocupaba poco á Ayela. Conocía bien la sorprendente báscula de los favores de corte y no dudaba de que, salvado el mal paso en que encontrábase en aquel momento, Bernardo podría triunfar como el primero. Pasada la tormenta, ¿por qué no había de llegar á suplantarlo al duque en el favor del rey, á heredar de sus honores y á reemplazarle en todo, hasta en su afecto?

Ayela veía esto posible, y además quería que se realizase. ¡Con tal de que aquella estúpida herida no se agravase hasta el punto de reducir á la nada las esperanzas que fundaba ella en el caballero, esperanzas que

habían nacido al enterarse del resultado del duelo famoso!

Consideraba preciso salvarlo á toda costa.

— ¡Bebed! — dijo ayudando á Matraca á sostener al herido, quien absorbió de un trago el contenido del vaso, dejándose caer enseguida sobre las almohadas.

Y como hiciera ademán de hablar, Fiamma le puso un dedo sobre los labios.

— Esta poción, — dijo — puede salvarle. Vos, condesa, y tú también Isis, vais á retiraros. Cuanta menos gente en torno del lecho, más probabilidades habrá de que el enfermo descanse.

— Sí, sí, descansó; — suspiró el herido.

Y esta palabra decidió á Ayela, quien se proponía resistir á las súplicas de Fiamma.

— Bueno, me iré, — dijo, — con la esperanza de que os restableceréis enseguida, caballero. Tengo cosas de gran importancia que confiaros. ¿Queréis prometerme una visita en mi Hotel?

— ¿El Hotel de Givors?

— No, en mi casa particular.

— ¿Cuándo?

— Pasado mañana por la noche, á ser posible.

— Me comprometo á vivir hasta entonces, — dijo Bernardo, — para no faltar á vuestra cita, hermosa dama.

— Gracias; hasta muy pronto, caballero.

Apenas salieron de la estancia la condesa de Givors é Isis la bella, el cuadro cambió por completo. Bernardo se sentó en el lecho y preguntó en el acto por sus armas, teniendo la satisfacción de verlas, pues el fiel Matraca

habíase cuidado bien de salvar la herencia recogida del italiano Spolto. Enteróse luego de que la bala que le hiriera había salido naturalmente, y de que era Fiamma, la hermosa joven que se encontraba cerca de él, quien había practicado la minuciosa cura.

— Sois pues tan sabia como bella, señorita...

— Fiamma, señor.

— Pláceme en verdad el nombre, pero mucho más me gusta la que lo lleva.

El corazón de la muchacha repicaba en su pecho una alegre fiesta. Agradar al sin par caballero era su deseo más ardiente.

— Ya que no es posible obtener de vos que durmáis un rato, — dijo cariñosamente prometédme al menos que guardaréis la posición horizontal.

— ¿Qué día es hoy, Matraca? — preguntó el de Arma. — Tú debes saber eso, ¡imbécil!

El ventrudo escudero, repitió lleno de admiración :

— ¡Imbécil! ¡Cuidado si lo dice bien! ¡Si da gusto oírsele!

— ¿Acabarás de una vez, hablador?

— Hoy es el primer día del mes de Abril; — dijo Cortomontel que acababa de penetrar en la estancia.

— Que me place; — aseguró Bernardo. — Vamos á ver, hermosa enfermera, ¿como cuánto tiempo os parece que debo estar quieto para que vuestros unguentos puedan cicatrizar este arañazo?

— Creo que unas cuantas horas bastarán.

— Tanto mejor. Así como así mis citas son para mañana. Primero la de Bar Cobral...

— ¿Bar Cobral? — repitió la joven oriental sin poder ocultar su sorpresa.

— Sí : ¿conocéis á ese personaje?

Fiamma vaciló un momento.

— No ; — dijo por fin. — Pero me parece que alguien ha pronunciado ese nombre delante de mí alguna vez, hace ya tiempo...

La joven mentía al decir que no conocía á Bar Cobral. Por las confidencias hechas por la marquesa de Villanueva-Marsan á su hija Solange, sabe el lector que un bohemio de ese nombre, acompañado de una niña llamada Fiamma, estuvo encerrado años antes, durante corto tiempo, en el castillo de Bonaguil, escapándose de él sin que nadie supiera cómo.

El caballero observó la vacilación y lo ambiguo de la respuesta ; sin embargo, continuó diciendo :

— Después he de ir á dar una vuelta por el lago luminoso y el castillo de Chaumont... Tengo interés en saber qué es lo que una tal Phtah puede tener que decirle á cierta loca llamada Divina... Y antes que eso no me disgustaría ver á algunos de mis amigos ; y á mi hermanita Glorieta...

— ¡Glorieta! ¡La hija del llavero de Vincennes!

— La misma. Vos debéis conocerla, barón, — dijo Bernardo dirigiéndose á Cortomontel. — Acordaos de la viña de los Cartujos, y de *Miseria*, *Jinojo* y otros caballeros por el estilo...

— ¡Rayos del cielo! Mal hacéis caballero en aumentar mis pesares; — dijo el exbandido. — Considerad que el maldito Diógenes anda por el infierno sin duda,

y que mis dóciles partidarios deben estar presos, puesto que apresado fué, como si lo viera, el mulo de Matraca que los conducía... Sed clemente, señor, puesto que me veis privado de toda mi familia .. Y á propósito de la mudita, permitidme que os cuente algo que á ella se refiere.

— ¿A Glorieta? ¿Qué es ello?

— Vais á ver. Iba á deciroslo esta mañana en casa del maestro La Fraicheur; pero se precipitaron de tal modo los acontecimientos, y me hicisteis montar con tal premura para acudir en socorro de este condenado barón Botán, mi mejor amigo, que...

— ¡Habladme de Glorieta, ¡nombre del pecado! — gritó Bernardo.

— Voy á ello, señor caballero de pólvora. Sabed pues que antes de entrar en casa del maestro de armas, y oculto tras una pared, presencié el desfile de los arqueros. ¡Puedan arder por toda una eternidad esos granujas! Bueno, pues de pronto vi que por el camino avanzaban ¿sabéis quién? precisamente los mismos que me valieron la gran ventura de ser convertido por vos; Pedro Mirot y Glorieta.

— ¿Estáis seguro?

— ¡Oh, sí! Segurísimo. El carcelero llevaba casi á rastras á su hija y le decía: « Anda, anda ». Resistíase ella, pero él es más fuerte, tiraba de la pobre muchacha, obligándola á andar, y rezongaba al mismo tiempo: « Después de lo ocurrido allá abajo ¡tripas de Satán! en ninguna parte puedo considerarme seguro como no sea bajo la salvaguardia de Sed de Sangre »...

— ¿Dijo Sed de sangre? — preguntó Bernardo atónito.

— Como lo estáis oyendo : y me parece mucho que añadió : « En su castillo de Chaumont ».

Bernardo estaba perplejo.

— Mucho es lo que se complican mis asuntos; — dijo pensativo. Y añadió, dirigiéndose á Fiamma :

— ¿Me sería posible ir á Chaumont enseguida, bella Esculapia?

— Si queréis quedaros en el camino, — dijo ella, — no veo inconveniente. Pero si queréis recuperar la fuerza y la elasticidad que os son necesarias, es indispensable que ayudéis al remedio permaneciendo inmóvil.

— ¡Inmóvil! ¡Terrible receta! Todo lo que puedo prometeros es no mover brazos ni piernas; pero la lengua...

— Hablad, hablad; eso os ayudará á engañar vuestra impaciencia; pero hablad tranquilamente, sin excitaros, ó cuidado con la fiebre, que puede presentarse.

— Trataremos de que no se presente, hermosa... ¿Qué era lo que iba yo diciendo? Ese Sed de Sangre me preocupa, y no sé por qué se me antoja que mi felicidad ó mi desgracia dependen de ese personaje. ¿Le conocéis vos, Fiamma?

— No lo sé; — contestó la joven. — Pero dadme la mano, y puesta así en comunicación con vuestro pensamiento tal vez me sea posible sondear el fondo del suyo.

Fiamma se estremeció al contacto de los dedos de

Bernardo, animándose sus ojos con fulgor extraordinario.

— Es una ciencia extraordinaria la de la doble vista; — dijo. — Salem Kebir ha sabido sorprender los secretos de los faquires, y me ha comunicado parte de sus terribles conocimientos de ocultismo haciendo conmigo experimentos de captación telepática.

Tras un momento de reflexión, continuó la joven.

— Ese á quien llamáis Sed de Sangre lleva también otro nombre, un nombre doble ó triple... Es gran señor por sorpresa, hermoso por efecto de una abominable superchería... Su rostro y su nombre son robados.

Sed de Amor abandonó la mano de Fiamma, sorprendido por aquella revelación que tenía mucho de sortilegio. Y rota de este modo la comunicación, la joven, en tono natural, y como si nada hubiese dicho antes, añadió enseguida:

— Me parece, caballero, que os alteráis más de lo debido, y no es este el modo más indicado para curar pronto. En vez de hablar del presente, hablemos si os parece de lo pasado...

— Razón que le sobra tiene la dama, que habla como un libro; — dijo Matraca. — Y al señor caballero se le presenta una excelente ocasión para, dando de mano galanterías y estocadas, imposibles en este momento, enterarnos al fin de cómo abandonó Barbotan el 15 de Febrero de 1571, fecha que por lo memorable quedó grabada en mi memoria, y qué fué lo que le aconteció durante el tiempo que anduvo ausente errando por esos mundos.

— No tengo en ello inconveniente, — afirmó Bernardo. — Sabed pues...

— ¡Un momento, qué diablo! — dijo Cortomontel interrumpiendo.— Esta joven habló hace poco de oídos indiscretos. ¿Quién nos dice que no puede llegar alguno? Por si acaso propóngome vigilar la entrada y la ventana que da á la calle...

— ¿Desde fuera?

— De ningún modo; desde dentro, mientras el barón Botan vigila á su vez la ventana que da al patio. Creo que así no hay sorpresa posible.

Hizose como el hombre lo decía. Matraca se colocó en observación sobre un baúl de roble esculpido que formaba escalón en el vano de una de las ventanas, y el esposo abandonado por la dama Mirtilla fué á colocarse sobre un taburete de bronce para vigilar el lado opuesto.

— Fiamma, — preguntó Sed de Amor, — ¿queréis sentaros junto á mí y poner de nuevo vuestra mano en la mía? Mucho es lo que tengo que decir y doloroso ha de ser mi relato; paréceme que el contacto de vuestra piel fresca ha de servirme de consuelo.

La joven se apresuró á obedecer, muy satisfecha interiormente del capricho del enfermo.

Éste habló entonces. Nosotros vamos á permitirnos substituirnos á él para evocar sus recuerdos y narrar algunas de las aventuras que ocuparon sus cinco años de ausencia, porque la fase ignorada de su vida se halla relacionada estrechamente con el relato que antecede y con el que aún ha de seguir para complemento de esta historia.

En los primeros días del mes de Abril de 1575, esto es, dos años antes de la época en que se desarrollan los acontecimientos que llevamos relatados, un viajero muy joven aún recorría á caballo el camino, indicado apenas, que comenzando en el bajalato de Alep, en la orilla izquierda del Oasia, bordea la falda del Líbano para terminar en el livac de Acre, en la margen derecha del Karmié.

Es esta la parte más accidentada del gran desierto sirio.

Los contrafuertes de la montaña parecen escalar el cielo á la izquierda, en cuanto alcanza la vista, que puede recrearse en la contemplación de precipicios monstruosos en los que abundan las grutas eólicas, los barrancos y los torrentes, suspiros y lágrimas de desesperación vertidas por titanes que han conservado durante muchos siglos su pétreo inmovilidad.

Por delante y por detrás el espectáculo es el de una sucesión de dificultades imprevista, de vegetaciones inextricables desarrolladas en pocos meses. Vense colinas donde antes había excavaciones, y barrancos ocupando el sitio de murallas seculares, formado todo, destruido y reconstruido no por mano de hombre, sino por efecto de los desprendimientos de tierras, de las tempestades ciclópeas, de la licuación de las nieves.

A la derecha, en fin, vese la extensión petrificada de un desierto sin límites. Higueras, palmeras y olivos de escaso follaje quemado por el sol; una fauna de varie-

dades más feroces que útiles, y escasa población, compuesta de maronitas, drusos y kurdos.

El caballero de quien hablamos, que se aventuraba por los desfiladeros del Líbano, no obstante lo tórrido de la temperatura iba envuelto en un albornoz de blanca lana y cubría su cabeza con el tarbujó rojo de los sirios. Altas botas de cuero de Alep adornadas con dibujos de metal incrustado protegían sus piernas contra las espinas de las chumberas berberiscas y las más aceradas de los áloes.

Iba armado de un ancho cuchillo de caza, de un paquete de jabalinas pendiente del pomo de la silla, de altos borrenes según la moda árabe, de una especie de mosquete de cañón finamente damasquinado, y de larga espada de combate, arma de todo punto exótica en aquellos parajes, en los que el fino alfanje era entonces la única arma blanca usada y conocida.

El solitario viajero, bien afianzado en la silla bajo los rayos abrasadores del sol, ofrecía, no obstante su juventud, la apariencia del tipo humano más perfecto: elegancia de movimientos, elasticidad y vigor en los músculos, energía y audacia reflejadas en el rostro, de óvalo impecable. Igualmente bello y harmónico era el corcel que montaba, una yegua árabe no cruzada, una descendiente directa de aquellos fieros trotones que pasaron á través del desierto á los osmanlis, terribles y salvajes conquistadores.

Era su capa blanca, de un blanco de nieve, sedosa, reluciente. La cabeza fina, soberbia, en cuya frente destacaba una estrella negra, levantábase orgullosa sacu-

diendo el robusto cuello poblado de crines opulentas, aunque no tanto como el ondeante penacho de su cola que tocaba al suelo.

Particularidad suntuosa : la yegua de que hablamos llevaba herraduras de plata; por lo menos de tal tenía la apariencia el metal que se empleó para hacerlas.

Había el sol recorrido ya algo más de la mitad de su carrera; comenzaba á declinar, y sin embargo el calor seguía siendo sofocante, circunstancia á la que parecían ajenos tanto el caballo como su montura, que sin preocuparse de la temperatura continuaban flexibles y dispuestos, saltando surcos y barrancos, y aguzando el oído.

Tal vez el singular sirio iba en busca de alguna caza mayor, porque su mano acariciaba con frecuencia el paquete de jabalinas; sin embargo, algunas buenas piezas habían pasado ya á tiro, sin que al jinete se le ocurriese probar en ellas su destreza de cazador.

Chacales, hienas, jabalíes, gacelas y cabras salvajes levantábanse al oír el ruido de los cascos del caballo, y huían á través de las piedras enormes y de los bosquecillos de lentiscos y tamarindos, sin que el viajero pareciera percatarse de su vecindad.

Aquel hombre era sin duda un soñador, y sumergido en sus sueños olvidaba la principal preocupación de la vida en el desierto : la próxima comida.

Acababa de abandonar el lecho desecado de un torrente, especie de pasillo de escarpados muros, y se aventuraba ya á pasar por una estrecha cornisa, mejor dicho, una cortadura de la montaña de un lado de la

cual estaba la montaña á pique y del otro un vertiginoso abismo, cuando su yegua enderezó las orejas al mismo tiempo que hasta los oídos del jinete llegaba el ruido de los cascos de otro caballo marchando así mismo por la rocosa pendiente.

Con rápido movimiento se aseguró el viajero de que cada una de las armas de su arsenal se hallaba en disposición de funcionar.

No le era posible aún ver al jinete que llegaba sin duda á su encuentro, por cuanto ese estrecho sendero formaba un recodo; pero sabiendo que en todo país, civilizado ó salvaje, el más temible enemigo del hombre es otro hombre, nuestro viajero tomaba sus precauciones para defenderse ó atacar en caso necesario.

Del otro lado del espaldón que le ocultaba todavía, el segundo viajero debió proceder de igual modo por prudencia ó por oficio, pues el anti-Líbano se halla infestado por los Kurdos rapaces; y menos segura, ó más cansada que la yegua blanca, su montura hacía rodar al precipicio las piedras del camino, que al perderse en la hondonada producían un ruido siniestro.

Momentos después y por encima de una roca tallada en forma de estrice, aparecieron sucesivamente la cabeza del nuevo jinete, luego sus hombros, después su cuerpo.

Era un personaje de imponente aspecto, de elevada estatura sin duda, y de bronceada piel. Reconociábase en seguida en él á un árabe de condición elevada, un cheik del desierto.

El capuchón del albornoz rojo, dejaba al descubierto

una cara ascética, cubierta en parte por una barba de ébano en cuya negrura resaltaban algunos hilos de plata, y animada por dos ojos de pupilas negras y brillantes, ojos cuya mirada cortante, dominadora, inflexible, parecía dotada de temeroso poder de fascinación.

Tan extraño jinete hubo de detenerse ante el primero. El vertiginoso sendero no tenía anchura suficiente para que ambos viajeros pudieran pasar uno al lado de otro, y era preciso que uno de ellos cediese el paso al otro, buscando un refugio en la pendiente rocosa.

Los caballos respectivos, menos desconfiados que sus amos, habían trabado ya conocimiento, frotando sus ollares con fruición en la que entraba por mucho la diferencia de sexos.

En cambio los dos hombres permanecían observándose, ocultas las manos bajo los albornoces, prontos á rechazar por la fuerza cualquier intento de ataque.

Saludáronse por fin, al estilo árabe, y roto el hielo preguntó el más viejo :

— ¿ Vas hacia Damasco, hijo mío ?

— El viento me empuja.

— ¡ Fatalista ! — murmuró el hombre del albornoz rojo con cierto desprecio : — ¡ todos iguales !

Luego prosiguió en voz alta :

— ¿ Podrías tú volverme á mi camino ? Heme extraviado. Debemos los musulmanes ayudarnos los unos á los otros.

— La ayuda mutua es de rigor aun entre gentes de

distintas creencias ; — dijo con orgullo el jinete joven.

Animóse aún más la mirada del más viejo, quien preguntó extrañado :

— ¿ Eres ó no servidor de Mahoma ?

— Soy un servidor de Dios.

— De Alha, quieres decir.

— He dicho de Dios. Soy cristiano.

Esto diciendo, el audaz joven hizo retroceder un poco á su montura, echó atrás el albornoz, y el puño en la taza de su espada, esperó un ataque, que no se produjo.

El cheik no era sin duda un feroz sectario. Lejos de indignarse ante la inesperada profesión de fe, permaneció por el contrario calmo, contentándose con estudiar á su interlocutor con atención escrutadora.

— ¡ Un árabe cristiano ! — dijo. — ¡ Un árabe armado de espada y no de alfanje ! ¿ Qué significa esto ?

Hubo de pronunciar estas palabras en una lengua extranjera que á él se le antojó tal vez desconocida del joven sirio. Pero éste, apenas las oyera, se inclinó conmovido sobre la silla, preguntando ansiosamente :

— ¿ Habláis francés ? También yo ; mas decidme : ¿ quién sois ?

— ¿ Y vos ?

— ¿ Lo sé yo acaso ?

Cada una de las palabras del joven aumentaba la turbación del hombre del rojo albornoz, cuyas miradas se hicieron de tal modo fijas y escrutadoras que era imposible sostenerlas. Luego se humedecieron sus ojos y

su bronceado semblante' cambió de color. El hombre palidecía.

— Señor, — murmuró con unción verdadera, pero de modo que el joven pudiese penetrar el sentido de sus palabras, — después de tantos años de sufrimiento, ¿me haréis la gracia de devolverme el hijo de aquella cuyo amor fué mi vida, la pérdida del cual hizo de mí un miserable sediento de venganza, un réprobo en cuyo corazón sólo anida el odio?... ¡Ah! ¡Equivocarme ahora fuera terrible! No : no puede ser que me equivoque ; éste es francés, lo juraría, y al mirarle pareceme que reviven en su cara todos los rasgos fisonómicos del hijo de mi Blanca adorada...

Calmóse, haciendo un gran esfuerzo para dominar su emoción, y continuó hablando en tono más sosegado.

— Pues que sois cristiano, señor, — dijo — de nuevo, y esta vez como correligionario puesto que á mi vez yo profeso las mismas creencias que vos, reclamo vuestros buenos oficios. Espero que no me los rehusaréis...

— De ningún modo ; antes al contrario, dispuesto estoy á serviros. Os habéis extraviado, estáis cansado, tal vez tenéis hambre y buscáis un albergue, ¿no es eso ?

— Así es, en efecto.

— Pues yo voy á procuraros lo que os hace falta. A menos de un cuarto de hora de aquí, sobre la cornisa que acabáis de recorrer, existe una anfractuosidad espaciosa, mal notada en el país por haber servido en otro

tiempo de refugio á una banda de Kurdos asesinos y ladrones. Se llama la *caverna de la muerte*.

— Ya he oído hablar de ese tugurio.

— Una fuente de agua viva brota en la caverna de la muerte. En esta debe haber aún víveres. Si podéis hacer dar la vuelta á vuestro caballo iremos á ella...

— Pero ¿ y los Kurdos ?

— Ya no son de temer. He librado de ellos al país.

— ¿ Vos ?

— Sin duda.

— ¿ Con cuántos compañeros ?

— Completamente solo. No me gusta meter á nadie en mis asuntos.

— Mi enhorabuena ; — dijo el cheik con admiración.

— Ya veo que me habría metido en un mal paso si llego á interpelaros con menos amabilidad. ¡ Cuidado ! Para complaceros voy á tratar de volver mi montura, y seguiré andando. Ya me detendréis cuando sea tiempo.

Entonces, con vigor y destreza de jinete consumado, el hombre del rojo albornoz levantó de manos á su caballo y le obligó á ejecutar una ceñidísima vuelta sobre el cuarto trasero. Pero en vez de aflojar las riendas una vez consumada la hazaña, retuvo aún á su montura.

— Un momento ; — dijo. — Acabáis de manifestarme que el viento os empuja. ¿ Quiere decir eso que podéis compararos con las hojas secas ?

— Si ; con las que arrastra la tempestad.

— ¿ En qué país habéis nacido ?

— No lo sé.

— Es extraño. Sin embargo os expresáis de modo que revela que habéis viajado, vivido en varias partes...

— Mi país de origen es también montañoso como éste; — dijo Bernardo pensativo. — Yo soy bearnés. Su interlocutor se estremeció con violencia.

— Vuestro nombre, hijo mío, — demandó, — ¿queréis confiarme vuestro nombre?

— He cambiado de nombre a menudo. Sólo puedo deciros que en otro tiempo me llamaban Bernardo.

— ¡Bernardo! Pero... ¿Bernardo á secas?

— De Arma.

En este punto de su relato, lo interrumpió el herido para contestar afirmativamente á una interrupción de Matraca.

— ¿Segun eso, el joven árabe erais vos, señor caballero? había preguntado el ventrudo criado.

— Cosa fácil de adivinar, seor panzón, como fácil es que la cacerola de Satán nos reciba á vos y á mí, — dijo con su habitual amenidad Cortomontel.

Fiamma por su parte no despegó los labios: limitóse á oprimir ligeramente la mano del herido, que conservara entre las suyas, y enseguida le sirvió una tisana refrescante.

XIII

LA CAVERNA DE LA MUERTE

Bebió Sed de Amor algunos buches del brebaje que se le ofrecía; correspondió con otra á la presión de mano recibida, y luego de mirar tiernamente á su joven enfermera prosiguió su relato en estos términos:

Al oír el nombre de Bernardo de Arma el rostro del cheik se coloreó, y aunque el hombre era cristiano no pudo por menos de pronunciar estas palabras, muy usadas por los fatalistas musulmanes:

— ¡Estaba escrito!

Puso luego su caballo al paso, siguiéndole su joven compañero.

Ni uno ni otro parecían dispuestos á reanudar la conversación. Marchaban ambos en silencio ocupados en mantener sus monturas en la estrecha senda practicable de aquel camino de cabras, abismados en las reflexiones que sin duda les sugería su inopinado